

EL BESO

Has terminado de leer ese libro que ha llenado los múltiples ratos libres que has tenido en estas dos últimas semanas, lo miras, desde una cierta distancia, observando el color de los cantos y las tapas, quizá también su leve olor a tinta y a papel impreso, tratando de retrasar al máximo el momento, crucial, en que lo cerrarás definitivamente, acabada su historia, solucionados los problemas planteados, y empezarás a olvidarte de esas personas, ajenas, que han despertado tu curiosidad, te han interesado, han llegado a ser, casi, la única razón de tu vida; lees, lenta y minuciosamente, como no lo habías hecho en ningún párrafo del apretado montón de páginas que lo forman, la solapilla interior en que se cuentan unos breves rasgos de la vida del autor y se resume, sucintamente, la línea general de la trama. Bostezas, te estiras, te pones en pie y descubres que la habitación está demasiado oscura y caliente, enciendes una leve luz, que casi te deslumbra, te asombras de haber podido leer en esa tenue oscuridad y, ya decidido, te acercas a la biblioteca y, tras una leve búsqueda, encuentras el lugar, el nicho apropiado en que el volumen seguramente descansará eternamente, mientras en tu cabeza ya ha comenzado el proceso de olvido, de desintegración de unas imágenes, que finalizará el día en que la lectura del nombre de la protagonista o, incluso, de un capítulo no te diga absolutamente nada.

Te arrastras, suavemente, por el pasillo con los pies en chanclas, los pelos revueltos, con la ropa medio caída, rodeado de un calor que, en esa parte, se hace más espeso, encendiendo, de cuando en cuando, alguna luz, tratando de evitar el, muy poco posible, choque con unos muebles cuya situación podrías describir minuciosamente, hacia una habitación que hay en el fondo, que tiene la puerta abierta y por cuya ventana entra aún una tenue claridad que permite observar que, en la parte derecha de una gran cama, duerme una mujer, con el pelo revuelto, y a su lado hay una mesilla llena de medicamentos, vasos vacíos o con agua, algunas cucharillas, un reloj y algún otro

aparato difícilmente descriptible, además de la inevitable lamparita que tú, aprovechando que tiene la cara vuelta hacia el otro lado y sabiendo que la potencia de la bombilla es muy escasa, enciendes con gran cuidado para poder apagarla inmediatamente si, a pesar de tus precauciones, se removiese o pareciese que iba a despertarse, pero, una vez encendida, permanece en la misma posición mecida, levemente, por una respiración que tal vez a un experto podría parecer algo extraña.

Y das media vuelta, quizá tratando de atenuar, inconscientemente, el ruidito armónico que hacen tus chanclas al andar, sales de la habitación y sigues, pasillo adelante, hasta la cocina, que aparece con cierta nitidez dentro de esa oscuridad general que ya ha invadido, casi completamente, la casa, aunque, indudablemente, esta parte sea mucho más clara que aquella otra, delantera, en que has permanecido un buen rato acabando el libro; abres la nevera, al tiempo que su luz ilumina su interior, la cocina y tu cara, te enciucillas, revuelves algunos paquetes que, por el tipo de papel que los envuelve y por los letreros que dejan a la vista, se nota con claridad que contienen alimentos sólidos, hasta que encuentras la coca-cola que buscabas, la dejas sobre una mesa, a tu lado, y, ya de pie, sacas una de las bandejitas que contienen los cubos de hielo, cierras la nevera y te diriges hacia donde sabes con perfección está el fregadero, pero ahora, para tus ojos, la oscuridad es ya total y, después de dejar la bandejita sobre esa mesa cercana, debes ir hacia el interruptor de la electricidad para conseguir esa luz difusa que facilite tus movimientos; y así puedes, con ayuda de un chorro de agua, sacar algunos cubitos de sus moldes, coger un vaso de un estante, vaciar el contenido de la botella en el vaso y dejarla, a continuación, en un rincón en compañía de otras también vacías.

Luego recorres el camino inverso, miras, ahora ya simplemente desde la puerta, si continúa durmiendo, compruebas que únicamente se ha dado la vuelta y que, a pesar de que parte de la luz le da en la cara, continúa profundamente dormida, quizá porque sus largos pelos en gran parte la cubren y la protegen; chancleteas el resto del pasillo hasta ese sillón que, evidentemente, es el tuyo, te sientas y empiezas a beber, a largos tragos, la coca-cola, tratando de recobrar esa extraña situación de comodidad, que habías logrado anteriormente, que, ahora, parece rota por la desaparición de los personajes de la novela o por el sudor que te corre por el cuerpo, debido al evidente esfuerzo que te ha supuesto el conseguir la bebida. Pero, una vez acabada, y quizá no soportando la visión, otra

vez, de aquella serie de objetos simétricos que pueblan la habitación, que tan bien conoces y que, parece ser, no te agrada demasiado, te levantas, arrastrándote por en medio de ellos en busca de algo, no se sabe muy bien el qué, porque tocas revistas, marcos de fotografías colocados sobre mesas, te sientas en otros sillones para levantarte casi inmediatamente, te acercas a algunos cuadros, poniendo cara de no haberlos visto nunca, hasta llegar a tocar la pintura con la punta de la nariz, repentinamente te paras, quedas como un perro perdiguero al descubrir a su presa, sorprendido por un sonido que, tal vez, puede significar que se ha despertado, que debes desplazarte hacia el cuarto, pero compruebas que ha sido una falsa alarma, porque únicamente se oye un silencio casi total. Y así llegas a caer, más que sentarte, en un sillón pequeño, que está situado en la más alejada de las esquinas, descuidadamente extiendes una mano, tocas una llave y, como si repentinamente tus problemas se hubiesen solucionado, te incorporas, en tus ojos brilla otra luz, varía la velocidad de tus movimientos, das media vuelta a la llave, abres una puerta y sacas un pequeño proyector de ocho milímetros y un montón de películas, que coges al azar de un grupo que se apila, cuidadosamente, a su lado, y te lo llevas hacia una pequeña mesa que hay cerca de un enchufe y enfrente de una pared que presenta un espacio, bastante grande, libre de objetos.

Instalado el aparato, habiendo apagado las luces, te sientas, otra vez cómodamente, a su lado en un sillón que parece especialmente situado para ello, das a un pequeño botón que sobresale del aparato, que hace nacer un potente y concentrado chorro de luz que comienza a proyectar sobre esa pared, antes blanca y libre de objetos, unas imágenes que, lentamente, adquieren un movimiento paralelo o simétrico al real.

Y en esas imágenes, algo inexpertas, que a veces tiemblan o tienen un color demasiado chillón, se ve a una chica muy guapa, que se ríe, corre, saluda y mira a la cámara continuamente, porque, sin duda, la lleva alguien que la quiere y a quien ella, a su vez, también quiere, que trata de captar esa forma especial, suya, de sonreírse, de quitarse el pelo de la cara cuando el aire se lo echa hacia adelante, mientras atraviesan un extraño pasadizo por el que únicamente, de cuando en cuando, se puede ver el color azul del cielo a través de unas aberturas que tiene, alternativamente, a derecha e izquierda, pero esto es algo que apenas se aprecia, pues las imágenes, continuamente repetidas, iguales y paralelas, son

únicamente de esa chica muy guapa, joven, quizá muy joven, pero de una edad sin duda indeterminada, de su cara, de su sonrisa, de su manera de andar, de su cuerpo, de sus ojos, una y otra vez, que se mueve y vive únicamente para que el ojo que hay detrás de la cámara la pueda ver, para que viva al mismo tiempo que ella vive.

Pero, tras una rápida y progresiva debilitación del color, las imágenes han desaparecido y, a pesar de ello, continúas absorto mirando esa zona única e intensamente iluminada de la pared, mientras la película en su rollo, fijada a un pequeño tambor, continúa dando vueltas sincrónicamente, produciendo un característico y rítmico ruidito. Sólo consigue sacarte de esa especie de estado de aletargamiento otro ruido cercano, que viene a superponerse al otro, de un cerrojo al correrse, de una puerta al abrirse, de una luz, también cercana, encendida, que mueve tu mano hacia el pequeño botón que sobresale del aparato, apagándose el rayo luminoso que se proyectaba hasta la pared, al tiempo que, accionada por otra mano, la electricidad ha dado luz a la potente lámpara que, dispersada en brazos, cuelga del centro de la habitación.

Entonces, muy ceremoniosamente, te pones en pie y te acercas a saludar a una viejecita, seguida de un viejecito, que ha entrado por la puerta, encendido la luz, y se muestran muy asombrados de que estés envuelto en una completa oscuridad e, inmediatamente, pasada esa primera impresión de desconcierto, preguntan por ella, por su salud, como temiendo que aquello no pueda significar nada bueno, pero basta una breve e incoherente explicación tuya y, principalmente, el hecho de ver el proyector sobre la mesita para que se haga la luz en sus mentes y, todos juntos, mientras tú comentas que ha dormido, plácidamente, durante casi toda la tarde, hecho que a ellos les alegra enormemente y que, según se deduce de sus respuestas, habían supuesto y les había lanzado a abandonar, momentáneamente, la casa para poder cumplir, juntos, el sagrado deber de la santa misa, os dirigís a su habitación, donde ella continúa dormida. Y, después de verla, de cuchichear algunas palabras ininteligibles, os alejáis en silencio de allí, ellos a su habitación, seguramente a cambiarse de ropa, y tú a recoger el proyector y las películas, que han quedado, de cualquier forma, por en medio, cuya presencia has podido advertir con claridad, no parece haberles hecho mucha gracia.

Pero es al recogerlas, al caer al suelo una de las películas, des-

enrollarse en parte, mirarla al trasluz, mientras la enrollas, y ver algo de lo que, seguramente, hace ya algún tiempo que no te acordabas, cuando, repentinamente, decides coger todo aquello y, en lugar de guardarlo en su sitio, huir con ello a una habitación interior pequeña y destartada, sentarte en el suelo, enchufar el proyector y, nuevamente, comenzar a ver esas imágenes en movimiento real que, anteriormente, te han causado una impresión tan fuerte.

E, igual que antes, del chorro de luz contra la pared blanca nacen unas imágenes, y estas imágenes son de esa misma chica, ahora con un traje y un peinado diferentes, que, seria, quieta, casi inmóvil, permanece en el interior de una habitación, muy suave y hábilmente seguida por la cámara, en el transcurso de un único plano, en el que se incluyan largos momentos en que la imagen parecería haber perdido el movimiento si no fuese por algún imperceptible parpadeo, siempre en primer término, quieta, distante, muy atractiva, terriblemente atractiva, mirando disimuladamente a la cámara, perdida en el vacío, mirándose en un espejo, tratando de no ser deslumbrada por un único foco que la ilumina y cuya luz, en determinados momentos, evidentemente, daña a sus ojos.

Un paulatino debilitamiento, otra vez, del color antecede al final del rollo y sobre la pared vuelve a extenderse, únicamente, el rayo luminoso, pero ahora tú, aunque quizá estés aún más hechizado que antes por la visión de esta mujer, reaccionas inmediatamente y, con habilidad, sustituyes el rollo antiguo por uno nuevo, cogido, arbitrariamente, del pequeño montón que te has traído, y vuelves a poner el aparato en marcha; pero, ahora, en lugar de mantenerte en una posición distante, como antes, a medida que las imágenes, que parecen repetición de las precedentes, aunque son distintas, porque ahora la chica lleva otro peinado y otro traje, te acercas a la pared y con la punta de tus dedos recorres su perfil, acaricias su mejilla, tocas sus labios y, finalmente, la besas, y luego la sueltas el lazo que sujetaba su pelo en la coronilla. Pero se diría que ella no quiere que la beses o, al menos, que la beses allí, porque te coge de una mano y te lleva por unas habitaciones que son esas mismas habitaciones en que antes estabas, que acabas de recorrer solo, pero más brillantes, más en su momento, limpias de las capas de pátina y polvo que actualmente tienen, con un esplendor que no parecería posible en ellas, por unos pasillos que son esos mismos pasillos, aunque ahora estén alfombrados y con las paredes cuidadosamente adornadas, hasta esa misma habitación en la que la mujer duerme,

pero que, hora, dentro de una decoración general completamente distinta, contiene, en lugar de la cama de matrimonio, una pequeña cama sin mesillas, una cómoda y algunas sillas, y allí, una vez cerrada la puerta, es ella misma la que te abraza y luego besa.

Ahora son, no la paulatina pérdida del color, como habían sido antes, sino unos repetidos y suaves golpes en la puerta, al tiempo que una voz tenue repite tu nombre y pregunta, insistentemente, si estás ahí dentro, lo que te saca de la situación, lo que te hace verte arrodillado ante la imagen, casi inmóvil, de esa chica tan guapa, a la que hace un momento besabas, y alejarte de ella, primero hacia el aparato para apagarlo y luego hacia el interruptor para dar la electricidad y que se haga la luz, al tiempo que contestas diciendo que sí, que estás ahí, que ahora mismo sales. Y, en efecto, sales precipitadamente, cerrando el interruptor de forma que la habitación quede a oscuras y la viejecita, que era la que aporreaba la puerta y te llamaba, no pueda ver nada, a pesar de sus esfuerzos, de lo que hay en su interior, al tiempo que la preguntas si se ha despertado y contesta diciéndote que sí; y los dos vais a su habitación, donde se puede advertir que la mujer, ahora incorporada, es muy joven, casi una chica, bastante guapa, muy guapa, pero que hay algo en su semblante que la entristece, aunque dice encontrarse mucho mejor y tener ganas de cenar.

Y, mientras la viejecita sale camino de la cocina, te quedas solo con ella, durante unos breves y silenciosos momentos, en que os miráis cansados sin saber qué deciros ni qué hacer, hasta que entra el viejecito, la saluda y dice alegrarse mucho de que se encuentre bien y, sentándose en un sillón, en el sillón, te manda a la cocina a ayudar. Te levantas, remolonamente y, quizá también, un tanto enfadado, te diriges, una vez más, a la cocina, pero ves, con optimismo, que ya está todo preparado, que sólo tienes que ayudarla a llevar algunas bandejas hasta la habitación en la que la chica ha estado durmiendo durante casi toda la tarde. Y allí, mientras la viejecita, después de colocar, cuidadosamente, la cena de cada uno en su correspondiente bandeja, le da, sentada en la cama, la cena a ella, al tiempo que ella misma va cenando, el viejecito y tú, cada uno enfrente del otro, él sentado en el sillón y tú en la silla, todos muy silenciosos, también vais cenando.

Al finalizar, ayudados por ti, ellos recogen las bandejas, los restos de la cena, y se las llevan, después de daros unas cordiales buenas noches, antes de salir, y cerrar la puerta tras de sí. Y, solos

los dos, nuevamente en silencio, mirándose sin saber qué decir, ni qué hacer, ella se dispondrá a dormirse otra vez, mientras te desnudas lentamente, te pones el pijama y te metes en la cama, dándole un leve beso en la mejilla, antes de tenderte definitivamente y apagar la luz.

AUGUSTO MARTINEZ TORRES

Larra, 1
MADRID